



PASEO BRAVO. PUEBLA.

• 194 •

En tanto que el antiguo Paseo de San Francisco va quedando relegado al olvido, las calzadas y avenidas del Paseo Nuevo se convierten en cita de la sociedad elegante. Lujosos carruajes y autos interrumpen la quietud que convidan las arboledas de este jardín. Allí se puede conocer á las damas más elegantes de la población y á las señoritas más encantadoras; allí se presenta también el pueblo, y las poblanas de clase humilde, con sus limpios vestidos, se alegran los senderos pintorescos de estos jardines.

El embellecimiento de este paseo depende, sin duda, de encontrarse en aquel rumbo de la población, hacia el cual ésta ha crecido y se ha extendido con más vigor en los últimos años. Tal parece, según opinión de escritores eminentes, que todas las ciudades propenden á extenderse hacia el Poniente; lo cierto es que Puebla pertenece á ese número. Grandiosas

vistas é indescriptibles crepúsculos se contemplan desde el Paseo Bravo: el espectáculo del sol, hundiéndose tras las montañas de Occidente, como si se ocultara en alguna enorme caverna, y dejando fantástica estela luminosa, es sublime siempre; mas desde Puebla adquiere rasgos inimitables. Quizá por esto numerosos particulares han edificado sus casas en este rumbo, que, á la vez, es el mejor urbanizado y sano de la población. Adornan el Paseo las estatuas de la Independencia, la estatua de Nicolás Bravo, la de Don Gabino Barreda, insigne filósofo poblano, y la de Esteban de Antuñaño, introductor en el Estado de las fábricas de hilados y tejidos, que son su principal industria.

Los pozos de aguas sulfurosas, gratas á la vista, aunque no á todos los sentidos. Inmediatos al Paseo hay varios baños de estas aguas medicinales.



INSTITUTO NORMALISTA. PUEBLA.

• 195 •

Los salones de clase y otras dependencias de la escuela, son las que han experimentado mayores transformaciones al adaptarse á la enseñanza de alumnos normalistas; pero el suntuoso patio, los corredores y la gran escalera se conservan por su mérito arquitectónico, característico de las construcciones emprendidas por los religiosos de la época virreinal. Todavía puede contemplarse en la escalera de la Normal, el artístico escudo de los monjes mercedarios; la fuente del patio y las pilastras y columnas de los corredores, hechas de preciosa cantería, impresionan por su severidad.

El departamento de señoritas es un edificio nuevo, construido *ad hoc* por el Ing. Carlos Bello. Costó \$50,000. La fachada es de cantería y bastante vistosa.

Cuenta el Instituto con el competente número de salones y gabinetes, bastante bien

provistos de ciencias naturales, física y química. Posee gimnasios, montados con baño de regadera y los accesorios indispensables. Cada escuela consta de departamentos primarios, anexos, que se utilizan para la práctica de los normalistas. En la de varones hay 260 niños mamente selecta, que dirige Don Manuel M. Herrero. Se compone de cuarenta y cuatro profesores de instrucción superior normalista y nueve encargados de las escuelas primarias. El número de alumnos matriculados anualmente, por término medio, es de 60 jóvenes y 120 señoritas. Los profesores graduados en el Instituto llegan á 25 cada año, por término medio. Muchos de estos maestros se han distinguido en diversas regiones del país, lo que significa la buena calidad de la enseñanza del Instituto Normalista de Puebla.



HOSPICIO DE PUEBLA.

Obra del ingeniero Don Emilio López Vaal es este edificio, situado en aquellas de las avenidas de Puebla que más se ha engalanado con bellas y valiosas construcciones. La mayor parte de una manzana completa, que fué teatro de sangrientos combates en el sitio de 1862, ocupa este establecimiento. La fachada principal mira á la gran avenida de que antes hablamos, y atrae toda la atención del transeúnte por su majestuoso aspecto. Hacia el centro levántase anchuroso pórtico, compuesto de arrogantes columnas, que descansan en macizos pedestales. Dos de estas columnas, las extremas, encuéntrase empotradas en los muros laterales. El resto de la fachada es de ladrillos de diversos colores, curiosamente combinados. Corona este frente una amplia mansarda, adornada con sus característicos ojos de buey. El interior ofrece agradables sorpresas al visitante. Hállase dividido en departa-

mento de niños y departamento de niñas. El primero cuenta con bien montados talleres de carpintería, herrería, fundición, imprenta y las demás artes y oficios. El departamento de asiladas se ha hecho notable por la perfección de las labores de hilados, tejidos y otras artes femeninas que se les enseñan. Los asilados reciben extensa instrucción, aprenden idiomas y se les imparte el conocimiento de los oficios para los que muestran mejor vocación. Data el buen estado de este plantel, de la inteligente administración que le imprimió Don Jenaro Ponce; los talleres de mecánica deben su notable desarrollo al habilísimo inventor, señor Lering. El plantel posee capacidad para varios centenares de niños y niñas. Los dormitorios, salones de clase, refectorios y talleres, hállanse muy bien acondicionados.



CERRO DE GUADALUPE, PUEBLA.

La histórica colina de Guadalupe se encuentra arbolada por el sol de la inmortalidad. Fué allí donde los soldados mexicanos, los indios de Zacapoaxtla, hicieron rostro á los conquistadores del mundo y los obligaron á retroceder, aterrados ante la pujanza indómita de unos bravos que renovaron las glorias de Maratón y Las Termópilas. Por este glorioso recuerdo, todos los viajeros que visitan la heroica ciudad dirigen afanosos sus miradas hacia los históricos castillos, desde los cuales el General Zaragoza resistió la acometida de las antes invencibles huestes napoleónicas.

La más dominante de las dos colinas sobre las que se asientan los castillos, es la loma de Guadalupe. Su pendiente, aunque pronunciada en dirección á la ciudad, á la que domina completamente, lo es mucho más hacia el opuesto lado, hacia Oriente, es decir, al

rumbo por donde avanzaron los cuerpos del ejército francés, el histórico 5 de Mayo. Vistas las colinas desde esta posición, se comprende la importancia que les atribuyó Laurencez, al notar cuán dominantes se levantan sobre la ciudad. Pero también se echa de ver el arrojo de sus soldados, que dieron tres asaltos trepando por tan empinada cuesta, bajo la lluvia mortífera de las balas. De la época colonial datan los fuertes de las colinas, con sus antiguas capillas, que hoy son aposento de reptiles, y cuyas vetustas murallas, atravesadas por todas partes, se encuentran semiarruinadas, resistiendo con dificultad el peso de su gloria. Hoy las conserva el Gobierno, confiándolas al cuidado de un guardián, y sólo en los días de la Patria flota sobre los bastiones el orgulloso pabellón de las tres garantías, que en aquel sitio se constató de gloria impercedera.



¡Son los reyes de los valles mexicanos! ¡Los titanes de corazón de fuego y frente empenachada por el hielo, que han visto sucederse las edades y correr impacientes los siglos; que han visto aparecer las razas y nuevas razas conquistar y vencer á las primeras; que han visto el esplendor de civilizaciones desaparecidas caer en el polvo, y nuevas civilizaciones brotar sobre el lecho donde se aniquilaron los restos consumidos de las naciones extintas. ¡Son los fieros guardianes del Anáhuac!

Jamás, desde que la vida apareció sobre el planeta, y el hombre primitivo tuvo el primer relámpago de inteligencia que lo diferenció de las bestias del campo; jamás, desde que aparecieron los primeros pobladores de la América, sea que fuesen autóctonos, sea que proviniesen del lejano continente asiático ó de la India misteriosa, jamás acertó á pasar pueblo alguno en torno de los colosos de fuego y plata, que no se sintiese confundido y anonadado ante su imperial ma-

jestad y grandera. Los primitivos indígenas, aquellos gigantes, predecesores de los toltecas de que nos habla la tradición, aquellos *quinames* misteriosos, han de haber contemplado con ojos de estupor la masa enorme del Popocatepetl ignífero y de la Mujer Blanca, y han de haber creído que eran los dioses gigantescos, dueños del huracán y del relámpago, que gobernaban estas exuberantes comarcas.

Muchos siglos más tarde, cuando una civilización primitiva florecía en torno de los lagos, encima de las chinampas, en derredor de las lagunas texcucanas, el fuego surgió nuevamente de las fauces no adormecidas del monstruo, y vieron los hombres con terror desaparecer pueblos enteros, sepultados bajo los torrentes de lava. Todavía hoy, al pie del Ajusco y del Xitle, hay restos que certifican la existencia humana, cuando no desaparecía la actividad volcánica de la gran Sierra.

POPOCATÉPETL É IXTACŪHUATL. VISTOS DESDE ATLIXCO, PUEBLA.

La leyenda ha entretejido sus ensueños color de luna en torno de los viejos titanes del valle. Allí muy lejos, por donde asoma todas las mañanas el flechador del día, se distinguen los perfiles grandiosos del gigante de Orizaba, petrificado en lontananza como si el rayo lo hubiese detenido en el instante de precipitarse, con agigantados pasos, sobre su rival afortunado. Este, el gallardísimo Popocatepetl, ha robado el amor de la Mujer Blanca, de la diosa de nieva vestidura, que despertó el amor de los titanes. La bella lo ha preferido; ha visto con adoración su magnífico penacho enhiesto, que dora el sol y tornasolan las auroras; y ha tendido hacia él sus brazos desmayados. Pero la implacable, envidiosa de tamaña dicha, la ha herido de muerte en ese mismo instante. . . . ha caído petrificada junto de su amado, y allí está él con toda la inmovilidad de su bárbara pena, transformado en coloso de piedra, alzando á los cielos la antorcha funeral que vela el eterno sueño de la Mujer de Nieve!

Esta leyenda es una de las mil que desde los tiempos prehistóricos ha tejido la fantasía en torno de las bellísimas montañas. A cualquier hora que se las contemple, sea desde el valle de México, que copia los domos de plata en el espejo de sus lagos; sea desde los bosques de Cuernavaca, sea desde el valle de Puebla, donde se distinguen en toda la plenitud de su hermosura, tes se sonrosan y relucen como ascuas encendidas; las gigantescas faldas de ambas montañas se determinan en violento claroscuro, que hace destacarse la pompa de los bosques que las visten y las profundas barrancas, enormes cicatrices que las surcan. Y á la hora del ocaso, el astro del día se hunde repentinamente detrás de sus crestas arrogantes, y un penacho multicoloro, un varillaje mágico de luces, irradia sobre la bóveda del cielo, como el abanico del iris, tras del cual la tarde guiñara su último misterioso parpadeo. . . .